

Prólogo general

Dieter NOHLEN

La serie de obras colectivas publicadas con el nombre de *Antologías*, editada por Herminio Sánchez de la Barquera y que se abre con este primer volumen de textos, ofrece una rica vista panorámica de la Ciencia Política internacional en su estado actual. Las contribuciones individuales, cuidadosamente seleccionadas por el editor, provienen de diferentes latitudes, especialmente europeas, y se refieren a muy diversos objetos, signo de una ciencia que por su relación con las disciplinas que la rodean —la filosofía, la historia, la sociología, el derecho, la economía, entre otras—, se entiende como una ciencia integradora. El objeto de estudio, la política, no se define a través de un solo concepto o de una sola dimensión. Esta diversidad se refiere también a la epistemología, a los enfoques y a los métodos que se practican, pues la Ciencia Política no se identifica con un abordaje epistemológico monista —ciencias del espíritu *vs.* ciencias naturales—, ni con un solo enfoque, ni con un único método. En este sentido, esta serie de obras colectivas presenta a la Ciencia Política en su modo de ser.

Por cierto, la frecuencia de autores europeos acentúa aún más esta característica de las *Antologías*, pues en contraste con la Ciencia Política angloamericana, en el continente europeo florece la idea de una disciplina más abierta, epistemológica y metodológicamente plural y que se encuentra lejos de restringir lo metodológico a una pura técnica de in-

vestigación. En este sentido, los diferentes volúmenes de esta serie, cada uno centrado en un tema general, invitan al estudioso a enterarse del estado de la Ciencia Política a nivel mundial.

En el estudio de esta disciplina, la lectura de textos es una herramienta clave. Sin embargo, contrario a lo que se puede observar a menudo en el mundo hispanoparlante, no se trata de acumular lecturas en términos de cantidad de páginas sino saber aprovechar y disfrutar textos bien escogidos. Ambos propósitos tienen su cauce en la cabal comprensión del texto y que afortunadamente pueden llevar al estudioso a poder criticarlo, desarrollando al mismo tiempo los pertinentes criterios conceptuales y metodológicos. Este ejercicio quizá se pueda llevar a cabo en un seminario o en el debate con otros estudiosos, apoyado por un profesor que anime precisamente este quehacer crítico comprometido con la Ciencia Política como ciencia. Recuerdo con sumo agrado mi seminario para candidatos de maestría y doctorado en el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Heidelberg, por el que pasaron muchos estudiosos latinoamericanos: cada semana, uno de ellos presentaba su trabajo de maestría o doctorado en progreso. Los temas eran tan diversos y específicos que casi ninguno de los participantes tenía un conocimiento adecuado para comprobar la certeza de la información. Pero el grupo, después de la presentación del tema que tomaba unos treinta minutos, discutía durante más de una hora aspectos conceptuales y metodológicos del trabajo, acorde con la sentencia de Max Weber (en “Ensayos sobre metodología social”): “No son las conexiones ‘de hecho’ entre ‘cosas’, sino las conexiones *conceptuales* las que están en la base de la labor de las diversas ciencias”. Cuando la epistemología, la lógica y la metodología de la disciplina entran en el medio del estudio de la Ciencia Política, dista lo suficiente de la política cotidiana como para que el alumnado no confunda jamás política con Ciencia Política.

En otros términos, la reflexión científica necesita cierta distancia del quehacer político cotidiano. Es muy notorio el interés del estudioso en América Latina por referirse con prioridad a la política misma del momento y por intercambiar opiniones al respecto: existe la tentación de que el intercambio se politice, de que la posición ideológica sustituya al argumento razonable, de que la contingencia política se apodere de la Ciencia Política de modo que —al final de cuentas— esta última se perciba como parte de la política. En este sentido, es importante el incentivo de esta serie de volúmenes de llevar al estudioso a objetos no tan vinculados con la política local.

Al mismo tiempo, esta orientación hacia la política en el mundo invita al estudioso de la Ciencia Política a comparar. Según mi experiencia, la entrada a la reflexión politológica en América Latina es más bien histórico-cronológica y mucho menos sistemático-comparativa. Los capítulos y artículos compilados en estas *Antologías* favorecen afortunadamente esta última perspectiva. Las comparaciones internacionales constituyen la base para clasificaciones, tipologías y apreciaciones empíricas. Para bien diferenciar y valorar un fenómeno es imprescindible compararlo, por lo que nadie conoce bien su propio país cuando no conoce ningún otro. Es algo paradójico que en cada lugar de América Latina a menudo se sostenga que el país respectivo es singular, peculiar, distinto a todos los demás, etcétera, sin que se compare precisamente y sin darse cuenta de que el juicio sólo tiene sentido después de haber comparado, únicamente para legitimar en adelante un estudio exclusivamente histórico-local. La comparación es, por lo demás, el método que sustituye al experimento en las ciencias sociales. Sin embargo, no existe ninguna receta del método comparativo válida para cualquier caso en estudio. Por otra parte, el método comparativo consta de diferentes estrategias de investigación que consisten en jugar en el diseño de la investigación con la homogeneidad y la heterogeneidad del contexto, por un lado, y con la concordancia y diferencia de las variables, por el otro. Los textos seleccionados para estas *Antologías* permiten familiarizarse con los diferentes diseños de investigación comparativa, estructurados de manera acorde con las propias características del material en estudio y del interés cognitivo.

A propósito del interés de conocimiento, es cierto que la Ciencia Política no es neutra, no es objetiva en términos de que pueda desvincularse totalmente de intereses cognoscitivos, de valores y de objetivos social-tecnológicos. Sin embargo, estos parámetros tienen su plena legitimidad sólo en el contexto del surgimiento de una investigación y en el de la aplicación de sus resultados, pero tienen que suprimirse o desaparecer en el contexto interno de argumentación científica. Aquí vale el argumento bien probable o bien probado, de la teoría correctamente comprobada o refutada por el control empírico o de consistencia teórica. Para que este proceso argumentativo tenga su lugar también en el estudio de la Ciencia Política, conviene repetir —ahora nuevamente con la autoridad de Max Weber (en “El político y el científico”)—, que bien vale distanciarse de la “*sterile Aufgeregtheit*” (la “excitación estéril”) de la política cotidiana y plantear el estudio de la Ciencia Política a un nivel de

abstracción más alto, algo lejano y fuera de la política, donde sea posible observar la política *sine ira et studio*.

Para finalizar, quiero externar mi deseo de que estas *Antologías* tengan una buena acogida en el mundo académico y una amplia difusión entre docentes y estudiantes.